

# EL REFORMISMO

JENSEN SUTHER

TRADUCCIÓN A CARGO DE MARIO AGUIRIANO

El clásico de Rosa Luxemburgo '*Reforma o Revolución*' se mantiene inigualado como crítica al reformismo de la socialdemocracia. El interés de sus incisivas críticas a la política de acomodación de Eduard Bernstein, elaboradas a comienzos de siglo, no es meramente histórico o académico. Siguen siendo vitales.

El pecado principal de los reformistas era su fe en que el capitalismo podría ser "perfeccionado" o incluso superado a través del atenuamiento de sus contradicciones. Buscaban poner fin a la sobreproducción y el desempleo masivo tratando, por ejemplo, de apuntalar el poder de los sindicatos y extender el crédito comercial e industrial. Sin embargo, las reformas entendidas como medio para "socializar" las relaciones de producción capitalistas no eliminan o atenúan sus contradicciones. Acaban, al contrario, por exacerbarlas, faci-

litando así su expresión. Los sindicatos pueden permitir a los trabajadores negociar en términos de relativa igualdad con los capitalistas, pero no pueden intervenir en la dinámica básica de la producción o minar la necesidad de la extracción de plusvalor. La crisis de 2008 es un buen ejemplo: el crédito comercial extendido a los propietarios de inmuebles a través de hipotecas *subprime* permitió al intercambio sobrepasar los límites de la propiedad privada, pero ese mismo crédito que había dado alas a la producción y alimentado la burbuja inmobiliaria se evaporó ante los primeros indicios de la crisis, catalizando la Gran Recesión. Estas crisis no son accidentes que podrían en principio ser eliminados a través de la socialización gradual del capitalismo. Son, al contrario, esenciales para la propia reproducción del capital: sin las crisis periódicas el capital no podría resolver la tensión entre un proceso productivo en expansión constante y las limitadas capacidades del mercado global. Esta sangría, en la que los pequeños productores pierden su capital y el ejército de reserva de los desempleados gana nuevos miembros, es tan irracional como necesaria.

El reformismo cree por principio que el Estado burgués puede ser utilizado para conseguir sus fines: socializar y perfeccionar la economía capitalista. Ello alimenta el oportunismo, que en los términos del marxismo clásico es la subordinación de la causa final del socialismo a los avances económicos cortoplacistas, todo ello, en última instancia, en beneficio de los burócratas del partido. En el seno de la izquierda norteamericana, los Democratic Socialists of America (DSA) y *Jacobin*, el principal órgano del “ala izquierda” del Partido Demócrata, abogan por la expansión y revitalización del Estado de Bienestar como el peldaño hacia una genuina política obrera. Renombrados pensadores de izquierda como Adolph Reed Jr. y Walter Benn Michaels han demostrado infatigablemente la compatibilidad de la desigualdad neoliberal con una política “antirracista” centrada en la reparación de injusticias pasadas y la igualdad de oportunidades económica entre diferentes grupos. Pero también recitan un sermón redistribucionista y

“anti-woke” según el cual un Estado del bienestar fuerte es la clave para abolir la división entre clases. Este tipo de reformismo está basado en una interpretación parcial y selectiva o el directo olvido de la crítica de Marx a la teoría del valor trabajo, crítica que demuestra la imposibilidad de la redistribución. El modo en que la riqueza se distribuye es inseparable de la forma de su producción, y la creación de riqueza bajo el capitalismo es estrictamente una función del plustrabajo del proletariado. La consecuencia política más importante del desprecio reformista por la crítica de la economía política es su ceguera hacia la necesidad de no solo un Green New Deal o una ampliación de la sanidad pública (Medicare of All), sino de un partido socialista independiente capaz de organizar a los trabajadores con el objetivo de abolir el trabajo asalariado de una vez y para siempre.

El reformismo en el ámbito del parlamento y el congreso tiene al anarquismo y al voluntarismo como sus complementos en el ámbito de la calle. Las así llamadas “acciones mágicas” de los manifestantes y activistas —un ladrillo lanzado contra la ventana de un coche de policía, un parque público ocupado— representan el deseo de que sus acciones dobleguen mágicamente la realidad social a su voluntad. Como un capitalismo perfeccionado es simplemente un “ideal regulativo”, perseguirlo se convierte en una tarea infinita para los políticos de izquierda. Protestando bajo la bandera de Black Lives Matter y Occupy Wall Street, los activistas han tomado las calles para hacer este ideal palpable y real —en la “Capital Hill Autonomous Zone” de Portland, por ejemplo. Pero así como el intento de expandir el Estado de bienestar simplemente refuerza la necesidad del trabajo asalariado y prepara el camino para la próxima crisis, también el intento de crear una democracia socialista “aquí y ahora” enmascara la necesidad de una toma disciplinada del Estado por parte de la clase obrera.

El cinismo de la socialdemocracia queda manifiesto en su reconocimiento tácito de la imposibilidad de su propio

proyecto reformista. Para Bernstein, la persistencia del “movimiento” ha de ser valorada por encima de todas las cosas, incluyendo sus fines políticos y económicos. Esto lleva a la romantización de sus fracasos como expresiones de la trágica inevitabilidad de la derrota de las izquierdas —a lo que Walter Benjamin se refiriera como “melancolía de izquierda”. El *pathos* del reformismo deriva en igual medida de su abstracto utopismo y su derrotismo, que son solo dos caras de la misma moneda. En la expresión más extrema de dicho derrotismo, la reciente teoría del “afropesimismo”, se sostiene que la lucha por la emancipación humana está ontológicamente escindida en torno a diferencias raciales: la negritud es un supuesto criterio transhistórico de otredad inhumana que no podría por principio ser superada. Pero el afropesimismo no hace sino confesar lo que otros callan, haciendo explícito lo que está implícito en la concepción de la política anti-racista como una batalla eterna contra una noción abstracta e históricamente indeterminada de supremacía blanca. Como afirmara Benjamin “Los publicistas radicales de izquierda [...] representan la imitación que la burguesía decadente hace del proletariado. Su función política es crear camarillas, no partidos”.

El ideal reformista de una producción capitalista sin contradicciones es el caballo de Troya que destruye el pensamiento izquierdista desde dentro. Cierra la puerta a la comprensión de la disfuncionalidad constitutiva del capital y encierra a la izquierda existente en una mala infinitud de su propia invención. Por ello esta vacila interminablemente entre el servilismo hacia un *status quo* predeterminado y el intento voluntarista de imponer sus deseos sobre una realidad recalcitrante.

Como señalara la propia Luxemburgo, la única esperanza para una política de reformas reside en el abandono de la idea de la reforma como un fin en sí mismo. La reforma debe subordinarse a la causa final del socialismo— lo que implica que dar contenido a la propia esperanza requiere tomar toda

## **EL REFORMISMO**

decisión política y económica preguntándose primero qué es lo que el ideal de emancipación requiere aquí y ahora. El reformismo es el muerto viviente de la lucha por el socialismo, y la idea de un capitalismo perfeccionado es la fuerza que lo mantiene en marcha.